

SAN JOSE, COSTA RICA

10 Septiembre 1912

Año II



Núm. 41

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

El derecho a la salud. - V	
Mancomunidad humana..	<i>Anselmo Lorenzo</i>
Historia de las ideas morales.	
VII. - El budismo.....	<i>Paul Gille</i>
La acción extraparlamenta-	
ria.....	<i>Francis Delaisi</i>
La ciudad.....	<i>Eugenio Leante</i>
La elocuencia.....	<i>Rafael Barret</i>
El deber del pobre.....	<i>Saturnio</i>
De todo y de todos.	<i>E. J. R.</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

VIDA ANARQUISTA

por ANSELMO LORENZO

Hemos recibido esta importante obra, la última debida a la pluma incansable de nuestro compañero Lorenzo. Como su título lo indica, está destinada a la propaganda acratista, y en ella podrán beber importantes conocimientos los simpatizadores con los movimientos sociológicos contemporáneos.

Podemos servirla a quien la solicite, al precio de **50 céntimos** en la ciudad, y **60** en provincias.

Dirección: 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**

Acusando recibo

El Libertario, año I, números 1 y 2. Periódico semanal, Carretera de Villaviciosa, 25, Gijón (España). Viene a fomentar la propaganda libertaria, a contribuir a su ennoblecimiento y a su difusión. Cualquiera que sea el matiz de los luchadores, allí donde se lucha por algo esencial a la libertad de pensamiento, allí estará *El Libertario*. Entre los distinguidos colaboradores, encontramos a R. Mella y otros amigos conocidos.

Brisas Libertarias, año I, número 1; L'Estanque-Gare, Marsella (Francia). Periódico ácrata de libre controversia. Divisa: El hombre que extiende la mano sobre otro hombre es un vil; es más: un sacrilego.—Considero como tiránicos y absurdos todos los sistemas de gobierno.—La República es aún tiranía.—F. PI Y MARGALL.

Kuhne, revista mensual de vegetarianismo e hidroterapia, Habana,

Monte, 341, a.—En otro lugar reproducimos el primer artículo del número 7: «La ciudad».

Los Males de la Guerra, año III, nº 30, Agrupación «Tiempos Nuevos»: «Poned unos perritos en un saco y sacudidle: los perros se morderán unos a los otros y a ninguno le acudiría la idea de morder la mano que lo sacude.»

El Norte, órgano del Departamento de Alta Verapaz, Coban, Rep. de Guatemala. Director: E. Rosales Ponce.

PERIODICOS

Se pueden adquirir en esta administración «Tierra!», de la Habana; «Regeneración», de Los Angeles, Cal. y «Tierra y Libertad», de Barcelona. Números sueltos: 5 céntimos.

San José, Costa Rica

10 Septiembre de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 41

El derecho a la salud

V

Mancomunidad humana

El Hombre y la Sociedad se forman y se transforman simultáneamente según la necesidad y el medio.

Si suponemos un hombre primitivo aislado, viviendo sin solidaridad ni sociedad, reduciendo la satisfacción de sus necesidades a la posibilidad de una inteligencia desprovista de conocimientos, a una voluntad falta de estímulos determinantes íntimos y a una potencia débil y escasa, nada hubiera aprendido, nada hubiera transmitido a sus sucesores, nada hubiera progresado.

Pero la suposición es inadmisibles: ese hombre sólo pudo vivir el breve tiempo que la leyenda genesiaca admite, a contar desde que la estatua humana de barro sintió el soplo divino hasta que el rebelde comió la fruta del árbol prohibido de la ciencia. Lo positivo es, demostrado por la paleontología y la prehistoria, que ciertos antropoides, inspirados en la idea de la ayuda mutua como la practican constantemente muchas especies animales, asociándose para urgencias vitales, como ampliación de su fuerza usarían palos, piedras y huesos como armas e instrumentos, que reemplazarían por otros en cuanto perdieran su utilidad primitiva. El día en que, por escasez de materiales o por un destello racional, no desecharon sus utensilios inutilizados, sino que los compusieron y rehabilitaron, quedó iniciado el progreso

industrial que en el día alcanza tan asombrosa altura. De aquella primera determinación de la voluntad, y no de legendaria creación, arranca la humanidad. A aquel inicial invento siguió el clan o primera agrupación de conservación y defensa, y en él, como racionalmente supone Letourneau, se formaron los rudimentos de las lenguas, de los mitos y de la industria; sus habitantes, ligados por imprescindible fraternidad, perfeccionaron la caza y la pesca, utilizaron el fuego, apacentaron ganados y fueron sucesivamente agricultores, alfareros, artesanos y llegaron a ser artistas y sabios. Y es tal el poder defensivo y expansivo de aquella primitiva mancomunidad, que no hay fuerza natural, aun la que alcanza la más horrenda catástrofe, capaz de imponerle un milímetro de retroceso: diluvios, terremotos, incendios, epidemias, desenfreno conquistador, hipocresía dominadora, privilegios irritantes, inseguridad del porvenir, todo ello se ha contenido humilde y respetuosamente ante la palabra de un precursor, de un poeta, de un filósofo, de un sabio, de un inventor, de un hereje, de un rebelde o ante la acción revolucionaria de un pueblo consciente, harto de sufrir e inspirado por el ideal emancipador.

Así considerada la humanidad y metodizado su estudio, resulta éste una

ciencia fisiológica de la Sociedad, cuyo objeto es el conocimiento de su organismo para la satisfacción de las necesidades del hombre. El desconocimiento de esta ciencia y la práctica rutinaria de irracionales modos de vivir plantea el problema social, que se resuelve teóricamente, como ha de resolverse en la práctica, reconociendo que la humanidad es rica; el hijo del hombre civilizado halla en su cuna dispuesto a su servicio, acumulado por sus precursores y ascendientes, un capital inmenso, con una producción en cantidad y variedad suficiente y excedente con la cual nadie carecería de su ración de pan, de bienestar, de arte, de ciencia, de fraternidad y de amor si hubiéramos podido despojarnos de los atavismos y de las malas pasiones que surgieron accidentalmente en épocas de remoto atraso por culpa de usurpadores, detentadores, defraudadores y tiranos.

En una sociedad que haya de armonizar el individuo con la colectividad, estableciendo el monismo social que exige la igualdad de la especie, todos tienen derecho a la participación en la riqueza social, porque la humanidad vive y la Sociedad se conserva por el fundamento comunista que les vivifica.

Ese comunismo es prehumano, creó la humanidad, la conserva a pesar del inmenso obstáculo opuesto por el egoísmo creado por la ignorancia y dará a nuestra especie paz y felicidad; es fundamental, puesto que sólo por él ascendimos en la escala zoológica, y no puede restringírsele a lugar secundario ni menos al carácter de concepción sectaria.

La Sociedad está basada en la conciencia de la solidaridad humana, sobre la confianza que da a cada uno la práctica de esa solidaridad en la forma de ayuda mutua, sobre el sentimiento de

la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno con la de todos, y sobre una idea de justicia y de equidad que induce al individuo a considerar los derechos de cada uno idénticos a los propios.

Se cree por error tradicional que la Sociedad es obra autoritaria, y no se observa que existen multitud de agrupaciones humanas libremente constituidas que realizan fines superiores a las instituciones que viven bajo la tutela gubernamental. Vense organismos sociales antiguos y modernos que mantienen viva la idea comunista como salvación de momento y como esperanza firme de regeneración: el clan, la tribu, la familia, la nación, la región, el municipio, el almeñal, la gilda, la artela, el mir, la hermandad, la cooperativa, el sindicato, la compañía industrial o comercial, el ateneo, la academia, etc., que aunque desvirtuados en gran parte por la falsedad de las creencias, la rutina de las costumbres y el antagonismo de los intereses, conservan siempre la parte esencialmente humana que presidió a su formación.

A pesar de la interesada negativa de todos los privilegiados, vamos a la formación de una sociedad de iguales, que empleará sus capacidades de análisis y de síntesis y sus facultades productoras en un organismo social en que se combinen los esfuerzos de todos para el bien común. ¿A qué detallar cómo? Pasaron los sistemas icarianos y falansterianos como tocados de autoritarismo. La Sociedad futura, según la más racional inducción, se compondrá de multitud de libres asociaciones, formadas espontáneamente y unidas entre sí para todo aquello que reclame común esfuerzo: federación de productores agrícolas, industriales, intelectuales y artísticos; federación de localidades; federación de transporte y de

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año.** Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre.**

cambio; federación de estudio y enseñanza, y otras muchas. Todas ellas funcionando por espontáneos, libres y fraternales convenios, semejantes a los que actualmente celebran las compañías de ferrocarriles, las administraciones de correos, los observatorios meteorológicos, los clubs fol-lóricos, las academias científicas y artísticas,

las estaciones de salvamento, las cooperativas de producción y consumo, los sindicatos obreros de resistencia que siguen la norma de la Internacional, etc., etc., tantos etcéteras como pueda comprender el infinito de la inteligencia individual multiplicado por el archiinfinito de la acción común.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

VII

El budismo

Poco a poco, bajo la influencia de la crítica filosófica, perdió parte de su autoridad sobre la multitud el dogma de las emanaciones, y entonces estalló una violenta protesta contra la institución de las castas. Tal fué la revolución búdica. Fraternal, dulcificando y depurando aún el dato védico, la doctrina de Buda conservó, desgraciadamente, hasta agravándole, el predominio de la contemplación ascética sobre la acción individual y colectiva.

Se ha escrito mucho para explicar el éxito inaudito de la propaganda búdica; una de las razones de tal éxito consistió en que el budismo vino en hora oportuna, como después el cristianismo.

Buda había tenido, como enemigo del régimen de las castas, eminentes predecesores, tales como los sabios del ciclo de Kapila, de Kanada y de Gotama. Uno de sus precursores fué el gran poeta Valmiki, el inmortal autor del *Ramayana*.

La brecha estaba abierta: «el triple sabio» podía venir.

Procedente de noble familia de los Cakias, Sidhartha-Gautama, más conocido bajo el nombre de Buda, es decir, el Inteligente, el que ha comprendido, o bajo el de Cakia-Muni, nació en Kapilavastu, cerca de Benarés, unos 650 años antes de la era vulgar. A su nacimiento—dicen las leyendas búdicas,—las estatuas divinas se pusieron

en movimiento y hablaron para decir: «Salud a tí, que eres la primera necesidad del mundo».

Sin embargo, hasta la edad de veintinueve años, el príncipe de Kapilavastu llevó una vida mundana. Un día encontró en su camino un anciano, un enfermo y un cadáver. Conmovido profundamente, reflexionó sobre las miserias de la existencia, para dedicarse a la regeneración humana y a la supresión de los males. Y lo hizo, a pesar de la prohibición de su padre.

Partió, pues, llevándose su mujer, que había convertido a su apostolado, y que, por su parte, adoptó una vida de retiro y de maceración. Buda sostuvo aún combates, de los que salió victorioso, y después de haberle tentado en vano *el espíritu del mal* viéndole inquebrantable, huyó,—refieren las mismas leyendas búdicas,—golpeándose el pecho y gritando con rabia: *Mi reino ha pasado*.

Después de la preparación personal por la maceración, por la contemplación y por la adquisición de la triple ciencia, bajo la higuera de Bhodimanda, Buda comenzó el apostolado que había de terminar por la conversión de cuatrocientos a quinientos millones de hombres y por la humanización radical de pueblos particularmente crueles como los mongoles y los tibetanos.

«Unos seis siglos antes de la era cristiana—dice M. Neve—se hacían

oir acentos poéticos de un género nuevo en las comarcas civilizadas de la India; partían de la boca de hombres de todas clases y de todas profesiones, y con sorpresa les escuchaba la multitud, no acostumbrada más que a los cantos líricos y litúrgicos del *Veda* y a las narraciones heroicas de la epopeya naciente.

«¿Qué son esas bellas poesías que cantáis?» Y el héroe de una leyenda famosa respondía, como lo hizo un día Purna: «¡No son poesías; son las propias palabras de Buda!» Así respondían hombres graves y pensativos, vestidos pobrememente, que acababan de leer en alta voz «los himnos y las oraciones que conducen a la otra vida», o mercaderes que recitaban estancias y preceptos relativos a los intereses temporales. Al oír el nombre de Buda, muchos preguntaban quién era ese personaje, y se dirigían a conocerle en los lugares ya célebres donde enseñaba».

Buda atacaba ante todo el vago deísmo brahmánico; no admitía dios personal ni substancia divina; únicamente conservaba del brahmanismo un solo dogma, el de la transmigración de las almas o manas, que vino a ser como la base de su doctrina. Comparaba el mundo a una rueda que gira sobre sí misma, y la evolución humana a un movimiento desarrollado en espiral.

El hombre, según Buda, sólo vive para morir, y no muere sino para renacer, porque en esas existencias sucesivas expía faltas anteriores y se purifica para las vidas posteriores. Su existencia no es más que un círculo indefinido de males y dolores.

«¡Oh, qué desgracia!—dice Buda a la juventud que ha de ser destruída por la vejez—. ¡Oh, qué desgracia!—a la salud amenazada por tantas enfermedades. ¡Oh, qué desgracia! a la vida en que el hombre queda tan pocos días. La juventud, la salud y la vida son como el juego de un sueño. Yo traigo a los hombres y a los dioses la ley que ha de librarles de tantos males. Después de haber alcanzado la inteligencia suprema, reuniré los se-

res vivientes, y retirándoles del océano de la creación, los estableceré en la tierra de la paciencia. Fuera de los pensamientos, nacidos de la perturbación de los sentidos, los estableceré en el reposo. Haciendo ver la claridad de la Ley a las criaturas obscurecidas por las tinieblas de una ignorancia profunda, les daré el ojo que ve claramente las cosas; les daré el hermoso rayo de la pura sabiduría, el *ojo* de la Ley, sin mancha y sin corrupción».

Como se ve, la nada es el objeto de la actividad del ser y del esfuerzo moral. A ese anonadamiento tan envidiable se llega por el ascetismo, el celibato, la humildad y la resignación completa; también por la caridad animalitaria, evitando sufrimientos a los animales, hasta los dañinos; devolviendo a su elemento los peces pescados; practicando, en una palabra, «la gran mansedumbre, la gran conmiseración, la gran indiferencia».

—Pero—dice Buda a su discípulo Purna, que quería ir a propagar la moral nueva a un país bárbaro—los hombres de esa región donde quieres fijar tu residencia son impulsivos, coléricos, furiosos, crueles, insolentes. Si te oponen palabras malas y groseras, si se encolerizan contra tí, ¿qué pensarás?

—Si me oponen palabras insolentes y groseras, he aquí lo que pensaré: Ciertamente son buenos esos hombres que me oponen palabras malas, pero que no me pegan con sus manos ni me apedrean.

—¿Pero qué pensarías si te pegasen con sus manos y te apedrearan?

—Pensaría que son hombres buenos, hombres dulces, que me pegan con sus manos y me apedrean, pero que no me pegan con palo ni con espada.

—¿Pero y si te pegan con palo y espada?

—Son hombres buenos, son hombres dulces, que me pegan con palo y espada, pero no me privan completamente de la vida.

—¿Pero y si te privan completamente de la vida?

—Son hombres buenos, son hombres dulces, que me privan con tan poco dolor de este cuerpo tan mancillado.

—¡Muy bien, Purna! Puedes habitar en los países de esos bárbaros. Ve, Purna; libértado, libértado; consolado, consueta; llegado al completo Nirvana, haz llegar a él a los demás hombres.

Buda llama a todos los hombres, sin distinción de castas, a la salvación y al Nirvana; negando el principio mismo de la jerarquía teocrática, se inspira en la fraternidad universal y en el espíritu de igualdad. «*Mi ley — dice — es una ley de gracia para todos.*» Notemos de paso su superioridad sobre la sentencia cristiana: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.*

Y Buda decía aún: «... Sabio es el que no ve diferencia entre el cuerpo de un príncipe y el de un esclavo... Lo esencial en este mundo es lo que puede hallarse también en un cuerpo vil (es decir, la virtud) y que los sabios deben saludar y honrar. Lo mismo que el príncipe, el brahmán no es superior a los otros hombres; no hay entre un brahmán y otro hombre la diferencia que existe entre la piedra y el oro, entre las tinieblas y la luz».

Por último, Buda derriba la autoridad sacerdotal emancipando la moral de la dependencia del culto, aboliendo las ceremonias y las prácticas religiosas, reemplazándolas por deberes morales. «Todo lo que el universo — dice — puede ofrecer respecto de sacrificios en un año, todo lo que cada hombre puede inmolar con mira interesada, no vale la cuarta parte del respeto religioso a la virtud profesado por un hombre».

¿No es proclamar la exoterización del esoterismo el hecho de pronunciar esta palabra, que, según Burnouf, es la respuesta que dió un religioso budista de nuestra época, degradado por el rey de Ceilán por haber predicado ante los pobres: «La religión debe ser el bien común de todos?»

«Todos los seres se equivalen, según Gautama — dice Eliseo Reclús; — las plantas, los animales, los hombres, lo

mismo los viciosos que los virtuosos, y cada uno de nosotros no debe tener más ambición que la de hacer bien a todos. Nadie debe enorgullecerse; nadie está obligado a humillarse; cada uno está en su lugar; toda jerarquía queda suprimida; no hay papel para la autoridad, ese hecho brutal que los malos suelen considerar como un *principio*».

Sobre esa tendencia, lógica hasta el fin, Buda declara brahmánico, es decir, sabio, feliz:

«El que de nada se espanta y es independiente de todo;

»El que, libre de cuidados y de negocios, ignorando qué es deseo, alcanza la perfecta quietud;

»El que es dueño de sí mismo y tiene el corazón, la palabra y el cuerpo sin mancha;

»El hombre pobre, veraz, piadoso, exento de deseos;

»El que, por inocente que sea, soporta los golpes, las injurias, los hierros, fuerte por su paciencia y por su dulzura;

»El que no pega a un animal débil ni a un fuerte, y no permite que se les pegue;

»El que no resiste y no envidia nada;

»El que tiene la palabra dulce, verdadera, instructiva y no recurre jamás al insulto;

»El que renuncia a todo espíritu de propiedad»;

En ese espíritu de abandono y de bondad, los budistas recomiendan sobre todo devolver bien por mal. El *Dhamma-Pada* dice: «Si un hombre me causa locamente perjuicio, yo le cubriré en cambio con mi amor ferviente; cuanto más mal me haga, más bien le haré». Tal es la regla de conducta seguida por los *arahats*, es decir, los ascetas budistas que, siguiendo ciertas prácticas, han llegado a un estado superior de desarrollo moral.

No se puede llevar más lejos la caridad universal. Los que todavía creen que la caridad es invención cristiana, no olviden que las *cuatro verdades sublimes* del budismo: conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su

supresión y hallar el remedio, se enseñaban más de setecientos años antes de la difusión del Evangelio.

«El budismo—dice el pastor Leblois en su importante obra *Les Bibles et les Initiates religieux de l'humanité*—es una inmensa vida de piedad, de misericordia y de amor. Según una leyenda, el futuro salvador, recién nacido, dió siete pasos y exclamó: «¡Todo es amargura en los tres mundos; yo dulcificaré esta amargura!» Su predicación es la primera palabra de fraternidad universal que haya oído el mundo: universal en toda la extensión del término, porque comprende a todos los seres, sin distinción y sin excepción. En parte alguna en la antigüedad se había pensado en practicar la beneficencia hacia los pobres y los miserables. En Occidente no existieron hospitales hasta después del triunfo del cristianismo en el siglo vi. En la India los fundó, para hombres y animales, el rey budista Acoka más de dos siglos antes de Jesucristo. Ya-Hian, que visitó la India hacia el año 460 antes de nuestra era, describe los que la caridad de sus correligionarios había establecido para los hombres, a los que llama *Casas de medicina, de la felicidad y de la virtud*. «Los pobres — dice, — los huérfanos, todos los enfermos de las provincias van a esas casas, donde se les da todo lo que necesitan. Los médicos examinan allí sus enfermedades; se les sirve bebida y comida según las conveniencias y se les administran medicamentos. Todo contribuye a tranquilizarlos, a devolverles la salud. Los que curan se van por sí mismos».

Las enseñanzas de Buda convergen todas hacia esa benevolencia universal. Debemos — dicen los libros sagrados — nuestro amor a todos los seres, porque nosotros somos uno con ellos. «Tú eres esto, tú eres toda cosa». El que odia a sus semejantes se odia él mismo. El odio no tiene excusa en las malas inclinaciones de los hombres; si hacen el mal, es por ignorancia. Es preciso, pues, tener compasión de ellos e ilustrarlos.

Y esto se enseñaba en los tiempos en que, excepto Grecia y Egipto, los pueblos entre los cuales había de extenderse la civilización eran por lo menos semibárbaros, y trescientos años antes de la reforma esdrasiana que iba a proporcionar al judaísmo la conquista del mundo.

Las mismas mujeres que San Pablo, fundador del cristianismo, había de conservar «bajo el yugo» después, y que los bracmanes habían colocado en la misma condición que los sudras y fueron declaradas impuras, se admitieron a la iniciación y a la sabiduría.

Y no se crea que la práctica fué tan lejos de la teoría. La acción ejercida por las doctrinas morales de Buda sobre los pueblos que adoptaron su religión, produjo incontestablemente la dulcificación de las costumbres y la pacificación social.

«Los apóstoles del budismo—dice monsieur Abel Remusat— fueron los primeros que osaron hablar de moral y de deberes a los feroces conquistadores que acababan de invadir y de devastar el Asia».

La violencia desenfadada de los siameses, por ejemplo, fué hasta tal punto templada por la acción de la moral búdica, que en nuestros días, en Bangkok, ciudad de 400,000 habitantes, casi nunca hay pendencias; un asesinato es un acontecimiento extraordinario y con frecuencia no se registra uno en todo un año.

Con tales cualidades, la religión de pureza y de amor de Buda no podía tener nada ni nada ha tenido de la pretenciosa intolerancia de los cristianos y de los musulmanes.

«No se han de censurar jamás las creencias de los otros—dice un precepto búdico;— así no se perjudicará a nadie. Hay circunstancias en que se debe honrar en otro la creencia de que no se participa. Obrando de esta manera se fortifica la propia creencia y se sirve a la ajena. El hombre, quienquiera que sea, que por devoción a la propia creencia la exalta y ataca la creencia de los otros, diciendo: «Pongamos nuestra fe a la luz», perjudica

gravemente la creencia que profesa. Sean los discípulos de cada doctrina ricos en sabiduría y felices por la virtud».

«Sin embargo, como lo hace observar Fouillée, a pesar de su grandeza, la moral budista es demasiado mística y contemplativa: la idea de la caridad está admirablemente desarrollada; pero la idea de derecho no existe en ella. La resignación a la injusticia puede ser una virtud en ciertos casos, sobre todo si se trata de uno mismo; pero el sostenimiento de su derecho y del derecho ajeno es también una virtud, y la misma caridad manda no resignarse tan fácilmente a las injusticias que sufren nuestros semejantes... Las virtudes del ciudadano son desconocidas en Oriente; no se piensa más que en la santidad y en la existencia eterna».

El budismo no ha sido sino el desarrollo lógico del brahmanismo, respecto del cual ha sido en cierto modo lo que es el protestantismo frente a la Iglesia romana. Casi ha adoptado su moral, pero ha exagerado aún el lado escéptico; ha llevado hasta la locura la obligación de respetar todos los seres vivientes, ya recomendada por Manú. Su gran reforma consistió en romper, al menos desde el punto de vista religioso, la cadena de las castas. También ha mejorado la situación moral de la mujer, puesto que puede entrar en las órdenes y renacer espiritualmente como el hombre.

En resumen, en concepto moral y

social, el budismo ha representado en Oriente el papel del cristianismo en Occidente, y no es seguro que no haya servido de modelo a este último.

Uno y otro seguramente han propagado y desarrollado los sentimientos de humanidad, de caridad, pero enervando sus caracteres.

No hay duda que un gran soplo de humanidad eleva moralmente la religión de Buda: en ella se predica la igualdad fundamental de todos los hombres: «La piel, la carne, los huesos, la cabeza, se dice en ella, son las mismas en todos los hombres; los ornamentos y los adornos constituyen únicamente la diferencia». Hablando religiosamente, la mujer es igual al hombre... Pero nada más despreciable que la vida real; es un lazo de castigo; toda existencia es un mal y el bien supremo es el no ser, el Nirvana; la virtud suprema es el abandono de todo, la mortificación; la «sabiduría» búdica no es sino un nombre dado a la depresión y a la muerte de la energía.

Así ha sido como el ascetismo oriental, bajo la forma búdica como bajo la forma cristiana, llegó finalmente a la desmoralización efectiva por su negación de las virtudes civiles y de la acción¹.

Y son precisamente esas virtudes las que constituyen el alto valor y la gloria del estoicismo, de que hablaremos en nuestro próximo artículo.

PAÚL GILLE

La acción extraparlamentaria¹

El pueblo se forma una idea muy falsa del papel y del poderío del mecanismo parlamentario.

Se cree que es en la máquina social un motor cuando no es más que un aparato registrador, algo así como estas básculas automáticas de las esta-

ciones de los ferrocarriles. Entregado a sí mismo, no se mueve lo más mínimo, por ruido que haga a veces. No entra en movimiento sino bajo la acción de una presión que venga de fuera.

Entonces la mayoría cambia de si-

¹ Tomado de *La Democracia y los hacendistas*, traducción de nuestro excelente amigo José Prat.

¹ Nosotros expresamos esta idea diciendo: el misticismo oriental conduce a la *parálisis asiática*. E. J. R.

tio como la aguja sobre el cuadrante y cambia tanto más cuanto más enérgica es la presión.

Pero es necesario que esta acción se ejerza desde el exterior.

Jamás los electores obtuvieron una reforma por una acción que venga de dentro. Recuérdese los radicales que llegaron a obtener la mayoría en el país como en la Cámara¹, sin otro resultado que ver en seguida cómo se dislocaba su mayoría y los jefes abandonando o escamoteando las reformas prometidas.

En cambio, ¿por qué los hacendistas, que no son sino una ínfima minoría, obtienen todo lo que quieren de nuestras asambleas elegidas? Pues porque han formado fuera de ellas unos Sindicatos poderosos, de banqueros, de metalurgistas, de armadores, etc., etc., que bien mandados, disciplinados y tenaces acaban por imponer su voluntad a los diputados incompetentes, divididos, distraídos o corrompidos.

¿Por qué la Iglesia católica, tan impopular, ha podido resistir tanto tiempo a la oleada democrática, y por qué aun hoy hace frente al Parlamento, haciendo que sean inaplicables una tras otra dos leyes votadas por las Cámaras y ratificadas por la opinión? Únicamente porque constituye fuera de la Cámara un cuerpo organizado.

Y de igual modo, ¿desde cuándo nuestros diputados se preocupan tanto de legislación social, si no es desde que el sindicalismo obrero vino a imponerse a su atención? Los mineros de nuestras grandes cuencas hulleras son seguramente entre los proletarios los menos desgraciados, y no obstante, en su beneficio es que se han hecho tantas leyes, reglamentos y decretos y estipulado las mayores ventajas. Débese esto a que han sido los primeros y los que más fuertemente se sindicaron.

El Sindicato, sea capitalista o proletario, es la única gran fuerza que pone en movimiento, no sin un serio

desperdicio de fuerza, el mecanismo parlamentario.

Y se comprende.

El Sindicato descansa sobre la comunidad de los intereses: a este título permite tener un programa sin equívoco, una línea de conducta bien trazada, una acción metódica y continua bajo la dirección de hombres competentes.

Esto, y no el número de sus adherentes, es lo que hace el secreto de su fuerza.

El parlamentarismo, al contrario, descansa sobre la confusión de los intereses; mezcla en un mismo partido, sistemáticamente, obreros y patronos, intelectuales y comerciantes, productores y rentistas. Es, pues, incapaz de una acción seguida, y no puede mantenerse más que por la mentira y el equívoco.

Basta ver el espectáculo de corrupción y de baja que nos da la lectura diaria de los hechos políticos.

El confusionismo democrático ha hecho nacer toda una clase de políticos profesionales: abogados, médicos, profesores, periodistas, intelectuales situados fuera de la producción, sin experiencia personal de los hechos económicos, sin noción exacta de las necesidades y de las aspiraciones populares. Muy ignorantes, casi siempre, de las necesidades económicas, únicamente preocupados de las intrigas de los pasillos de las Cámaras, y a la caza de carteras, votan a salga lo que saliere tarifas aduaneras, convenios de ferrocarriles, reformas sociales, todo lo de que depende la vida misma del país.

Es la dictadura de los incompetentes.

Una sola cosa les preocupa: ser reelegidos.

Para serlo hay un medio simple: la puja de promesas. Una necesidad profunda de la masa no es para ellos más que un artículo que se agrega a un programa electoral, dos líneas sobre un anuncio. Se promete de todo sin preocuparse de si es posible su realización, y se promete tanto más fácil-

1 Se habla de la Cámara francesa; pero, con ligeras modificaciones, todo esto podría aplicarse a nuestra minúscula República. L. R.

mente cuanto se sabe que no se dará nada.

¡Demagogos sin sinceridad, raza de titiriteros! Esto en cuanto a los jefes.

En cuanto a la multitud, aturdida por estas promesas, deslumbrada por esta puja, no sabe ya distinguir lo posible de lo quimérico y no ve sus propios intereses. Se le ha hablado tanto de su poderío, que al fin ha acabado por creerlo.

Que hay hechos que escapan a la empresa de la ley... ni siquiera lo sospecha.

Hasta en los ambientes revolucionarios, hasta entre los mismos comunistas más antiparlamentarios, yo he visto buenas gentes que se imaginan que se puede, por decreto, suprimir la moneda, por ejemplo, y ajustar sin más preocupaciones la producción y el consumo. ¡Como si los hechos económicos no escaparan en su gran parte a la reglamentación de los hombres!

¡Tanto valdría esperar de un voto de la mayoría la modificación de las leyes de la gravedad, el cambio del curso de la luna o la supresión de las mareas!

Ilusión pueril, ciertamente, pero ilusión peligrosa, porque desvía del esfuerzo.

Es el peor daño que ha cometido el boletín del voto.

Obreros, campesinos, empleados, pequeños burgueses, funcionarios de miseria decente, han puesto sobre la papeleta electoral su suprema esperanza. ¡Es tan cómodo! «¡Sufrís, queréis mejorar vuestra suerte! No hay necesidad de reflexionar, de organizaros, de luchar, de obrar. Todo esto es fatigoso. Tomad este trozo de papel y escribid encima el nombre de Tarugo. Bien. Metedlo en esta caja que se llama la «urna». Perfectamente. Ahora permaneced quietos. Sobre todo, no os organicéis, no os sindiquéis, no os rebeléis. Harfais el juego de la reacción. Dentro de cuatro años, si vuestra situación no ha mejorado, recomenzaréis el juego».

Y en efecto, todo el mundo reconoce, todo el mundo espera el término de sus miserias de este papel

plegado en cuatro dobleces, absolutamente como el cristiano espera su salvación del pequeño trozo de pan sin levadura que le ponen sobre la lengua.

Desde luego, ninguna necesidad hay de reflexionar, de informarse, de comprender y de obrar. El campesino no sabe cómo se establece el curso del trigo, el *puddleur* ignora el precio de la fundición que fabrica, el empleado no sabe de dónde viene el producto que vende, el rentista no podría decir dónde se encuentra la sociedad cuyos títulos posee. Y se presencia el espectáculo verdaderamente cómico de 20.000.000 de hombres que trabajan, producen y economizan sin descanso sin que nunca sepan lo que es del producto de su esfuerzo.

Solamente unos cuantos hombres «saben», y son los grandes jefes de los consejos de administración. No han absorbido, como creía Marx, todas las riquezas; pero han acaparado su dirección. Ellos solos, y sus servidores más directos, comprenden el funcionamiento de la máquina. Y aquí está el secreto de su dominio. No descansa únicamente en la fuerza frágil de las armas y de la policía, como creen aún demasiados revolucionarios, ni descansa siquiera en la supremacía frágil del dinero. Descansa sobre la única fuerza fecunda y que no puede ser apropiada con un golpe de fuerza; la «competencia», la inteligencia.

Pues bien; la acción parlamentaria, por el hecho de que hace creer al pueblo que todo problema puede ser resuelto por una votación de la mayoría, desvía la masa de esta preocupación y de este esfuerzo. Impide el nacimiento de una *élite* obrera. Convierte todo un pueblo en una multitud de menores en tutela, condenados a la explotación de los hacendistas y al ilusionismo de los charlatanes políticos.

Es el mayor crimen que se le puede reprochar; rebaja los espíritus, envilece las conciencias, castra las voluntades e impide la formación, en los ambientes obreros y de la burguesía pequeña, de esta cosa tan necesaria,

tan frágil y tan difícil de formar: un hombre competente.

Es una máquina para fabricar electores, o lo que es lo mismo, esclavos.

Por esto obra en nuestra sociedad como un germen de muerte.

* * *

Pero hete ya que bajo los partidos en descomposición vemos aparecer los lineamientos bastante marcados de los organismos salvadores.

Sindicatos capitalistas, sindicatos industriales y comerciales, sindicatos obreros se organizan y rompen ya los marcos de la sociedad política.

En la misma Cámara los diputados no se clasifican ya entre ellos únicamente en radicales, progresistas, realistas o socialistas. Se sabe que el tal es el representante de los carbonos, otro de los azúcares, un tercero de las compañías de navegación, de la metalurgia o de los bancos; si Jaurés ejerce todavía en las asambleas alguna influencia, no la debe a su cortejo de abogados socializantes sino a la masa obrera, cada día mejor organizada, que se siente cómo se agita detrás de él, aunque cada vez más fuera de su empresa.

Así tenemos que bajo la representación demagógica y confusa de los partidos comienzan a aparecer los lineamientos de una organización superior basada sobre la comunidad de interés y la comprensión de este interés.

Á medida que vayan adquiriendo una conciencia más clara de su fuerza y de sus intereses, los grandes Sindicatos patronales y obreros tratarán directamente sus asuntos y sus conflictos

hasta que se fusionen en unidades superiores.

No es la primera vez que una formación social habrá cedido el puesto a otra.

Nuestras sociedades occidentales han atravesado una larga era religiosa en la que los problemas sociales tomaban formas teológicas y los conflictos aspectos de herejías.

Después pasaron a la edad monárquica.

Ahora están en su etapa democrática y parlamentaria.

Y hete que llegan a la época sindical. Es un progreso, puesto que coloca el hecho económico en su verdadero lugar, que es el primero.

Desde ahora se puede dar por muerto el parlamentarismo.

Esto no quiere decir que dentro de poco no se votará más.

La ciencia nos enseña que ciertos órganos sobreviven largo tiempo a su función. Como el apéndice vermicular, subsisten a título de «órganos testimonios», inútiles en lo sucesivo, a menudo peligrosos, recuerdos de las evoluciones extinguidas.

Así el Parlamento durará, como la Iglesia, durante largo tiempo aún, y como esta última, tal vez se sobrevivirá durante siglos, porque tiene por fundamentos esta cosa eterna: la pereza y la ignorancia.

Pero desde luego, como la Iglesia, se le puede considerar como muerto, porque todo lo vivo que se produce, en bien como en mal, para la explotación como para la emancipación, se efectúa fuera de él.

FRANCIS DELAISI

La ciudad

Es enteramente irracional la existencia en esos inmensos conglomerados de edificios donde habitan, apeñascados, tantos seres humanos. No es posible que semejante cosa continúe en un estado verdaderamente de progreso. Su demolición no será tardía en cuanto

al hombre le preocupe el goce inteligente de la vida.

Aparte de ser perjudicialísima a la salud, es hasta grosera inclusive, desde el punto de vista estético; al observador le causan tedio a veces monumentales construcciones, que pudieramos

calificar de magníficas, faltas de personalidad, enlazadas a otras insignificantes que les roban toda belleza, poniendo de relieve en estas últimas su ridiculidad. Luego, las estrechas calles parecen verdaderos canales por donde entrecruza la multitud en un continuo vaivén, de modo molesto, tropezándose unos con otros; visto a distancia pudiera compararse ese maremagnum al ir y venir de las hormigas cuando van en busca de provisiones.

Los coches, carros, automóviles, guaguas, tranvías, en fin toda clase de vehículos con sus monótonos ruidos, hacen de la ciudad un verdadero manicomio, capaz de deprimir el cerebro mejor equilibrado; no en balde se suceden en esa jaula colosal, tantas escenas espeluznantes.

La ciudad conserva en todo su radio de extensión, y hasta podemos agregar, algo más allá, un aura especial, característica, mezclada de todas las infinitas emanaciones que de ella se desprenden. Esa aura artificial, enraizada, por la que el aire circula arras-trando consigo todas esas emanaciones, es impropia para ser absorbida por por nuestros sacos pulmonares. ¿En qué lugar de una «gran urbe» podremos hacer una «inspiración profunda» con la seguridad de oxigenar debidamente nuestra sangre? Me parece que difícil nos sería hallar en ella tan rico manantial de vida.

He aquí por qué la enfermedad se ceba tanto en las ciudades: se vive en ellas en un «medio» anormal por completo; podemos considerarlas como «pústulas» compuestas de material humano en estado de descomposición.

La locura, la histeria, la neurastenia, etc., son enfermedades muy comunes en los habitantes de las grandes poblaciones. Esa horrorosa estrechez en que se vive, junto con los demás factores, ya apuntados, dan lugar a las enfermedades más variadas del sistema nervioso.

No digamos nada desde el punto de vista higiénico, el enumerarlo tan sólo, sería una tarea sumamente difícil: el aire confinado de las habitaciones, la

carencia de ventilación, el hacinamiento de los individuos, etc. son casos que están al alcance de todos.

El conglomerado de habitantes de las grandes ciudades, trae como consecuencia una depresión nerviosa de índole tal, que no permite que los individuos desarrollen sus facultades intelectuales con toda la expansión necesaria; a más, la atención siempre la tienen ocupada, ya en los distintos medios que hay en las ciudades para distraerla, ya en la ocupación continua a que necesariamente tienen que entregarse para librar la subsistencia; de aquí que los conduzca a ser sistemáticos y rutinarios, poco dados a la reflexión, por lo menos fuera del centro de acción en que se desenvuelven.

Una de las cosas más perjudiciales que entiendo produce la ciudad al individuo, es que, permaneciendo confinado en ella, llega a perder el atractivo que todo ser siente a la Naturaleza; la elevación de los edificios le impide la contemplación de la bóveda celeste en todo su hermoso conjunto; la distancia que le separa del campo le hace desconocer su verdor y aroma; la agradabilidad de las grandes perspectivas de tierras y espacio le son desconocidas. Bien observado el hombre de la ciudad es un prototipo particular de la especie humana; la vestimenta adoptada por los individuos de ambos sexos les hace ser de cierta manera que les imposibilita vivir en otro lugar del planeta que no sea dentro de la ciudad, es más, que repudia cuanto no sea la vida en ella. Obligar a un individuo de estos a vivir en el campo equivaldría a sacar un pez del agua y querer que continuase viviendo sobre la tierra. La ciudad es su «medio», pero medio detestable, repleto de multitud de vicios que como consecuencia lógica ha traído la irritabilidad nerviosa de la vida en la misma.

Aunque es al pobre al que más perjuicio le causa la vida de la ciudad, sin embargo de ello, no se encuentra exento el rico a pesar de sus múltiples comodidades, es más, que bien notado resulta ser su mayor víctima. El

lujo pueril, exagerado, de que rodea la casa, llenándola de cortinajes, de muebles, etc., sacrificando a una belleza mal entendida lo que podría ser verdadera comodidad si presidiese al ornamento la necesidad, la conveniencia, que debe ser en todo nuestra mira particular y no la tonta vanidad y el capricho que a nada conducen. De aquí que esas casas repletas de inútil mobiliario, cerradas sus puertas con coloradas vidrieras sean tan antihigiénicas como la inmunda buhardilla de un pobrete.

Comienza a iniciarse, por el elemento acomodado, cierta inclinación a la vida campestre. La construcción de «chalets» en las afueras de las ciudades es una manifestación de protesta a la vida en la misma. La independencia con que se constituyen denota también la necesidad sentida de hacer las casas con la separación necesaria a fin de que no resulten esas aglomeraciones absurdas que caracterizan la ciudad moderna, como por ejemplo los edificios bárbaros de 15 o 20 pisos que se levantan en la gran ciudad de New York.

Esta decisión aceptada recientemente de vivir, ya en chalets en las afueras de las ciudades, o en el campo en lugares a propósito, con todo el «comfort» necesario, no es nada nuevo, ya lo hicieron en sus buenos tiempos nuestros abuelos: las hermosas quintas de recreo, son todavía testigos de ello. Seguramente se entendió que el hacer vida fuera del tumulto humano, era capricho tonto de viejo y se quiso abandonar tan sana costumbre, pero ha tenido que ser acogida nuevamente para suavizar un tanto la ruidosa y exaltada vida de la ciudad y poder recuperar en el retiro la gran cantidad de «energías» que en ellas se pierde.

La ciudad es una individualidad como otra cualquiera, nacida de multitud de circunstancias; su existencia ha aparecido en todos los lugares del planeta y se ha intensificado según las necesidades del conglomerado en ella existente. Muchas han sido las que han obtenido renombre universal y

que han llegado a ser «faro» luminoso de todos los demás centros de residencia humana, ejemplos: Nínive, Babilonia, Smirna, Samarcanda, Alejandría, Atenas, Roma, etc., en la antigüedad; París, Madrid, Barcelona, Berlín, Viena, Bruselas, New York, Habana, Buenos Aires, etc., entre las modernas. Cuando hablamos de ellas tal nos parece que se trata de un ser viviente: sus habitantes nos creemos son las «células» vitales de que están compuestas. Cuando decimos París, en nuestra imaginación se reflejan, no solamente los individuos residentes en la populosa capital, sino también sus edificios, sus bulevares, y hasta el Sena aparece envuelto en la imagen; tal es la idea que de la ciudad nos tenemos hecha, idéntica a la de la «colmena», que siempre nos la figuramos con sus correspondientes abejas.

Es, pues, lógico suponer que las tales individualidades llegarán a desaparecer en cuanto el hombre incline su atención vital en otro sentido que lo hace actualmente. La ciudad, entre otros factores, ha nacido con el mercantilismo y con él sucumbirá. En cuanto las agrupaciones humanas libren la subsistencia de otra manera, cosa que necesariamente tiene que acontecer, puesto que se halla en el orden evolutivo del progreso intelectual humano, entonces será abandonada por innecesaria, sustituyéndola a una expansión mayor de terreno en que establecerá el hombre sus viviendas y por ende sus asociaciones. No sería aventurado asegurar que la inclinación, ya notada, hacia la labor agrícola podrá ser la causa de su desalojo en el futuro, aparte de la necesidad que le impulsará a repudiar la vida antihigiénica de la misma. Esto, como es lógico suponer, no acontecerá de golpe y porrazo sino paulatinamente, como todo sucede, acomodándose, poco a poco, a las necesidades del medio, ni desaparecerán al unísono sino que comenzará por las que más pronto a ello obliguen las circunstancias, los factores que den margen a que se produzca la nueva evolución.

Ojalá que esto suceda en el lapso de tiempo más breve: sería indiscutiblemente el medio efectivo de que se realizase la tan soñada regeneración humana, que, a no dudarlo, será cuando abandone el hombre, de una vez y para siempre, esos cascarones que le han llevado a rodearle de una vida enteramente artificial y se disponga a ponerse en contacto directo con la naturaleza, entregándose de lleno a ella

de un modo racional, ávido de contemplar toda la magnificencia que encierra, imposible de parangonear con malecones, parques, avenidas, grutas, bulevares, alamedas, etcétera, contruidos por la mano del hombre en que ha demostrado, sí, su avidez e ingenio, pero que, indiscutiblemente, le han conducido, más que a otra cosa, a esclavizarlo y degenerarlo.

EUGENIO LEANTE

La elocuencia

Hay gentes enamoradas de la elocuencia. Desean ser convencidas en seguida, ser arrastradas por un río sonoro de palabras familiares y fácilmente comprensibles. Admiran la gimnasia del orador congestionado; se beberían el sudor heroico de las cabezas retumbantes. Les encanta ser dominados en tropel, apretados unos con otros; sentir en las espaldas, al mismo tiempo que los demás, el latigazo de las parrafadas finales; perderse en la adoración común; vaciar su mente de toda serenidad; de toda crítica, a la música vulgar de los tribunos; estremecerse con el espasmo ajeno, impuesto por la carne próxima; abandonarse al pánico que aplaude.

Hay inteligencias impúdicas, que abren su intimidad a las primeras galanterías oratorias, y que se dejan poseer en público por los charlatanes. Charlatanes extraordinarios, Demóstenes, Cicerón, Castelar, tiranos de la lengua, domesticadores de almas fútiles, jefes de la orgía mental, predicadores de la guerra que se quedan en casa, y que sólo fueron grandes cuando no fueron elocuentes y se les pudo leer después de haberles oído. Espectáculo innoce de mandíbulas colgantes, de ojos en catalepsia; pensamientos violados por un sugestionador que grita; pasividad de bestias ensilladas. Y el desenlace: manos inútiles que se chocan, un ruido vano como el discurso; los cerebros hueros. «¿Qué dijo?—No sé; pero estuvo sublime».

Vientos. Mentiras que pasan. No se entrega nuestro ser a un puñado de frases. Nuestras entrañas están muy hondas. No es el clamor palabrero el que llega hasta ellas, sino el silencio y la meditación del libro. Id a los parlamentos, a las cátedras y a las iglesias, los que no tenéis entrañas. Id en rebañes; vuestras conciencias, igual que los cuerpos, no se tocan entre sí más que en sus superficies; eso os basta, a vosotros que sois únicamente superficie y corteza. Id: la voz despótica atronará vuestra vacuidad interior, mentes desalquiladas. Id innumerables, alargad a la vez las orejas, y felicitaos de volver cargados de ecos, y dichosos de vuestra docilidad. Para nosotros, el libro cortés, que no nos aturde a destiempo, ni nos soba, ni nos pisa, ni nos abrume; el libro, nuestro por siempre, desnudo y amoroso, que nos da de él lo que queremos tomar, lo que reconocemos nuestro; el libro mudo, sin retrato del autor; el libro impersonal, abstracto, que preferiríamos sin nombre en la portada, título, firma, ni fecha, pedazo de espíritu caído al mundo para nuestra comunión ideal. Vosotros necesitáis una caja de resonancia, teatro, circo, la promiscuidad de los que acuden a venerar un saltimbanqui. Nosotros la soledad.

En el colegio me obligaron a reirme con el epigrama clásico:

Para orador te faltan más de cien.
Para arador te sobran más de mil.

Ya no es del orador de quien me río, aunque por allá siguen riéndose del que ara, y encantados del que ora. No me río de tí, siervo que apenas sabes hablar, y que para explicar las cosas las dibujas con tus dedos rudos, o las construyes pacientemente. Tú lo has fabricado todo porque no sabías hablar. No es en el aire donde están los surcos de tu labor, sino en la tierra humilde. Te llaman bruto porque no sabes hablar, se ríen de ti. Y tú aras, cubriendo de surcos toscos el campo eterno. Ellos pronuncian sermones

solemnes, en que se atreven a recordar la vida de Jesús; declaman patrióticamente en el congreso, donde se atreven a recordar tu vida; sueltan con arte exquisito los brindis al champagne, desabrochándose el chaleco que les oprime demasiado el vientre. Qué importa? Surquen ellos el aire con su vocear frenético, sus manotones descompasados, y tú, amigo mío, surca la tierra, la madre segura, la hermosa tierra firme.

RAFAEL BARRET

El deber del pobre

Goethe, poeta, filósofo y hombre de ciencia, dijo: «El hombre sólo debe tener la pretensión de haber cumplido con su deber cuando haya construido una casa, cuando haya plantado un árbol y haya criado un hijo». Guyaut comenta las palabras de su colega alemán en términos que sublimizan el pensamiento. Uno y otro, sin embargo, nada dicen de la existencia de millones de hombres que, con su deber cumplido, encuéntrase durante su existencia sin casa, sin árbol y sin hijo. Pero eso no obstante, no vemos en el nobilísimo pensamiento una sencilla paradoja.

Todo hombre debe inspirar sus actos y hasta sus pensamientos en el engrandecimiento moral y físico de la especie humana. Debe perpetuarla procreando hijos, debe ampliar su riqueza, debe asegurar y aumentar su libertad.

Porque es evidente que todos, por el hecho de nacer, adquirimos el ineludible compromiso de hacer el bien para nosotros y nuestros semejantes. Pero en las condiciones económicas

del régimen actual, el esfuerzo noble y fecundo de todos los hombres que aumentan con su fuerza, con su laboriosidad y cultura el patrimonio de la riqueza humana, no puede participar en la medida de sus necesidades de ese patrimonio, que, por una monstruosa aberración congénita en el régimen, no es común a todos los hombres, sino privilegio de unos cuantos.

Mas no por eso dejamos de excitar a todos los hombres a que cumplan con ese deber prolífico y fecundo. Pero precisamente por eso, porque queremos la humanidad rica, sabia y libre, declaramos que mientras la equidad y la justicia no presidan todos los actos humanos y el libre acceso a los elementos producidos no sea una condición inalienable en las costumbres sociales, nadie que se estime como hombre digno y tenga la pretensión de haber cumplido con su deber debe cejar en el noble empeño de luchar para que todos los hombres tengan asegurado el goce de la casa, del árbol y del hijo.

SATURNIO

ALBUM RENOVACION

COMPRE la colección de postales fotográficas

De todo y de todos

Magnalia naturæ.—Leamos el final de un importante estudio de D'Arcy W. Wentworth acerca de los grandes problemas biológicos, publicado en diversos números de la *Revista Americana de Farmacia y Medicina*:

La analogía entre las fuerzas orgánicas y las que los agentes físicos pueden producir, todavía conduce a algunos hombres, tales como Stéphane Leduc, a dudar o a negar que haya abismo alguno entre unas y otras, y a sostener que la generación espontánea o la creación artificial de los seres no dista ya más que un paso. Otros, como Delage y muchos más, sólo ven en el contenido de la célula una química complicada; y en la variación, tan sólo un cambio en la naturaleza y disposición de los componentes químicos; o bien se aferran a la creencia en la «herencia», o bien, como Delage mismo, la reemplazan más o menos completamente por los efectos del uso funcional y por el estímulo químico desde fuera y desde dentro. Todavía otros, como Félix Auerbach, aunque manteniendo una teoría física o casi física de la vida, creen que la disipación de la energía en el cuerpo vivo es regulada por un principio guía, a modo de los demonios de Clerk Maxwell; que de este modo la ley de la Entropía, queda invertida para los seres vivientes, y que la Vida misma es aquello que ha sido hecho para contrarrestar la disipación de la energía y luchar contra ella. Berthold, que fué el primero en demostrar la sumisión a las leyes físicas en los fenómenos fundamentales de la división de la célula o la segmentación del huevo, reconoce, casi en las mismas palabras de John Hunter, una cualidad en el protoplasma vivo, *sui generis*, por la cual se realizan su conservación, su crecimiento y su reproducción. Driesch, que comenzó como un «mecanista», ahora, como hemos visto, retrocede directamente hasta Aristóteles, hasta una doctrina doble o triple del alma. Y Bergson, elevándose hasta las altu-

ras de la metafísica donde el biólogo, *qua* biólogo, no puede ascender, nos dice, como Duran, que la vida trasciende a teleología y que las concepciones de mecanismo y finalidad no bastan, y que sólo «vivimos, y nos movemos y tenemos nuestra existencia en el absoluto».

Nos encontramos al terminar a poca distancia del punto donde empezamos.

Con todo el progreso de los conocimientos, con todo el auxilio de todas las ciencias relacionadas con la nuestra, es todavía manifiesto, según creo, que los biólogos de hoy día no están satisfechos, ni mucho menos. Las razones y el razonamiento que satisficieron a las generaciones pasadas, exigen nueva indagación, y de las antiguas soluciones surgen nuevos problemas; y los problemas supremos continúan tan inescrutables como en la antigüedad. Lo que más nos gustaría poder explicar, desafia toda explicación, y la afirmación de que el organismo vivo es un organismo vivo, tiende a seguir siendo la idea y hecho fundamental para el biólogo. Pero esto no nos vale ni nos basta cuando nos acercamos a los problemas de la conciencia y la inteligencia, y al misterio del alma racional, pues estas cosas no son para el biólogo, sino que constituyen el dominio científico del psicólogo.

En la admiración, dice Aristóteles, empieza la filosofía; y más de una vez vuelve el autor sobre el mismo tema. Ahora, como en un principio, la admiración y el asombro son inevitables para el biólogo y para cuantos contemplan el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay.

Y si es cierto que, como dice también Aristóteles, la admiración surge de la ignorancia de las causas de las cosas, no lo es menos que no cesa al descubrir las causas próximas, las causas físicas, las causas eficientes de nuestros fenómenos; pues más allá, lejos de la causa física, está el Fin, la causa final del filósofo, la razón por

qué, en la que se ocultan los problemas de la armonía y la autonomía orgánicas y los misterios del propósito aparente de la adaptación, del designio. Aquí, en la región de la teleología, el frío racionalismo que nos guió a través de los hechos y causas físicas, empieza a sernos inútil, y la Intuición, que es pariente muy próxima de la Fe, empieza a hacerse oír.

Y así es que, como en la admiración empieza toda la filosofía, en el asombro nos dice Platón que toda nuestra filosofía tiene también su fin. Ahora y siempre, en presencia de los *Magnalia naturæ*, nos sentimos dispuestos a decir con el poeta:

«Estas cosas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y ningún hombre sabe de dónde vinieron».

No citaré las palabras más nobles de cuantas a mi mente vienen, pero sí las más modestas de otro de los grandes griegos: «Los caminos de los pensamientos son como sendas en un bosque de apretado follaje; en ellos no puede divisarse nada sino a muy corta distancia».

Strindberg.—Las revistas europeas continúan llenas de polémicas relativas a la vida del famoso poeta sueco, que fué tan pródigo de confesiones, algunas de las cuales han provocado no poco escándalo. Particularmente nos ha interesado la siguiente respuesta de Strindberg a un periodista de la *Bonniers Manadshäfte* que fué a entrevistarlo con ocasión de su 60º aniversario:

«Lo que yo leo? He releído últimamente Walter Scott con gran placer, Víctor Hugo, con mayor placer, y Dickens con gozo no menor. Cuando, hace algunos años, estaba yo abrumado por un exceso de cultura, leí todas las novelas de Marryat. Me ha parecido que este hombre ha debido de ser muy feliz con su fe pueril en Dios, su

fe en otra vida y todo lo demás. A Balzac lo puedo leer en todo tiempo.

HACE AÑO Y MEDIO QUE NO VEO UN DIARIO. Esto da a la vida una base más ancha; todos los pormenores que turban son alejados; no se expone uno al aguacero de alfileres. Guardando mis pensamientos en paz, poseo la serenidad que puedo conquistar. Es superstición lo de creer que no se puede vivir sin periódicos. YO RECOMIENDO LA ABSTENCIÓN, PORQUE OBRA A MODO DE SANATORIUM.

Leo una vez por semana en *die Woche* el relato simple de los acontecimientos mundiales, y esto me basta ampliamente.

... No conozco más placeres, y no necesito más que de una *soirée* de Beethoven en casa, de tiempo en tiempo. Desde que soy tan conocido, se me ha hecho imposible ir a los lugares públicos de diversión. Nací huracán— como mi padre— y me han asustado: lo que más me gusta es mi rincón.

No tengo una alta opinión de los hombres. No puedo decir exactamente que yo los ame, ni ellos lo están deseando: no somos tan amorosos. A menudo les tengo lástima, pero no siempre. Perdono con gusto; a los que quiero les perdono indefinidamente; pero reacciono contra la maldad deliberada y gratuita, la mentira premeditada y los refinamientos de los goces malsanos, y es justo.

A veces los emperadores...—A propósito del 200º aniversario del nacimiento de Federico el Grande, ha celebrado la Academia Real de Berlín una sesión solemne. En ella, el emperador Guillermo II, después de saludar a «la flor intelectual a que Federico el Grande confió un puesto de honor», ha dicho: «La fuerza de los Estados reside en los grandes hombres que la naturaleza les da».

E. J. R.



VIDA ANARQUISTA

por ANSELMO LORENZO

IMP. ALSINA, SAN JOSE, C. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Barója.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reinal, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis O. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.

EN PRENSA

Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blaucas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nerto. — El Lunar. — Ansias de Vida. — El cadáver viviente.

Podemos servir todas las obras que estaban agotadas

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales
PAGÉS Y COMPAÑÍA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCÓ & ZELEDON

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

Brazo y Cerebro

Revista sociológica ilustrada. Número suelto: ₡ 0.30.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

Vida anarquista

por ANSELMO LORENZO. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Coeducación

por LAUREANO D'ORE. Conferencia: ₡ 0.20.

Entre campesinos

por ENRIQUE MALATESTA. Folleto comunista: ₡ 0.20.